

nes de material, del todo inútiles por desgracia hasta ahora. Las comunicaciones del mariscal Soult con el estado mayor general eran nulas. Levantado había todos los puestos que le hubieran permitido comunicarse con Madrid por la Mancha, pretendiendo que al ejército del centro incumbía guardar este territorio, y cuidándose además poco de relaciones que sólo podían consistir en demandas importantísimas de dinero y de ayuda. Aunque el rey José había llegado á ser su general en jefe, este mariscal se fundaba al decir que nada sabía, pues ni de París ni de Madrid había recibido ningún despacho.

Semejante estado de cosas ponía de manifiesto cuán enorme falta se había cometido al trasladarse á Andalucía. De extenderse prematuramente por el Mediodía de España, todo el mundo comprendiera que se efectuaría hacia Valencia, pues además de los recursos que allí debían encontrarse, Valencia garantizaba la posesión de Aragón y de Cataluña, esto es, de la mejor parte de la frontera de Francia, proporcionaba una comunicación con Madrid del todo independiente de los ingleses, y finalmente nos aseguraba la mitad de las costas de España y especialmente las bañadas por el Mediterráneo. Pero la conquista de Andalucía, á la cual Napoleón se había dejado arrastrar casi á pesar suyo, no arrojaba ninguno de los resultados prometidos. Napoleón había creído que se tomaría á Cádiz, y que seguidamente por Badajoz se alargaría la mano al ejército de Portugal en marcha sobre Lisboa. Pero el sitio de Cádiz se reducía á ocupar algunos reductos desde los cuales no se disparaba; á fundir á grande costa morteros de grueso calibre, que de vez en cuando lograban lanzar algunas bombas á la rada, y dentro de la ciudad casi nunca; y el socorro al ejército de Portugal se había limitado durante la marcha de Massena sobre el Tajo á tomar á Badajoz para perderlo casi al punto, y después á dejar al conde de Erlón en Llerena con quince mil hombres, distando del mariscal Marmont más de cien leguas.

Más valiera emplear este ejército en el sitio de Cádiz para alcanzar siquiera uno de los fines propuestos, que dejarle en Extremadura, donde ni á salvar á Badajoz había ayudado. Acerca de los socorros pecuniarios que se había esperado sacar de Andalucía, una sola circunstancia basta para colegir su alcance, y es que el mariscal Soult reclamaba con instancia su parte en los veinticuatro millones que Napoleón se había decidido á enviar en metálico á España. Otra utilidad esperada de la expedición á Andalucía, la de arrebatar su capital á la insurrección española, apoderándose de Sevilla, se reducía á proporcionarle una en la ciudad de Cádiz, desde donde las cortes españolas, imitando á nuestra asamblea constituyente, proclamaban los grandes principios de 1789, la igualdad ante la ley, la libertad individual, la libertad de imprenta, la concurrencia de la nación á su gobierno, la separación de los poderes, etc., principios que, aun estando todavía poco preparada á oírlos proclamar la España, producían viva impresión sobre los pueblos.

Muchas veces se había quejado Napoleón con amargura de que no se sacara otro partido de Andalucía y de los noventa mil hombres que ocupaban su territorio; pero á la distancia á que se encontraba se perdían en el vacío sus reconveniones y sus consejos, y de plano

resultaba con todas sus consecuencias la falta de haberse extendido inútil é intempestivamente hacia el Mediodía.

Finalmente, quedaba el reino de Valencia y el vasto establecimiento que el mariscal Suchet había allí formado. Ya tomada la capital de aquel antiguo reino, se debía disolver la gran reunión de fuerzas ordenada por Napoleón hacia este punto para restituir á cada provincia su contingente indispensable. Vuelto había el general Reille á Aragón con catorce mil hombres, para conservar á Zaragoza, Lérida y Tortosa, para alargar la mano al ejército del Norte contra Mina, para ayudar al ejército del centro contra el infatigable Villacampa, contra Durán, contra el Empecinado, y finalmente, para socorrer en caso de necesidad al ejército de Cataluña. Bajo la autoridad superior del mariscal Suchet mandaba las tropas del Principado el general Decaén, tornado á Europa, después de la pérdida de la Isla de Francia, con una reputación ilesa. Allí había veintisiete mil hombres para guardar á Figueras, Hostalrich, Barcelona; y asomar de vez en cuando hacia Tarragona, conquista del mariscal Suchet la más importante, pues impedía toda tierra en el Nordeste de España á los ingleses. Sabedores éstos de lo muy difícil que nos era abastecer las plazas, procuraban interceptar las comunicaciones por mar, al propio tiempo que el general Lacy trataba de interceptarlas por tierra, y de esta suerte esperaban recuperar á Tarragona por medio del hambre. Si se nos escapaba de las manos esta plaza, establecido Lacy con su ejército dentro de sus muros, reforzado y provisto de todo por los ingleses, vendría á ser muy peligroso contrario, amenazaría á Tortosa y al camino de Valencia, y haría la evacuación de esta última ciudad casi inevitable. Así nada sobraba de la continua actividad del general Decaén, ni de la de su hábil lagarteniente el general Maurice-Mathieu, para desempeñar las diversas tareas con que estaba sobrecargado, y nada sobraba tampoco de la atención constante del mariscal Suchet, quien, guardando á Valencia, siempre tenía fijos los ojos á su espalda para socorrer á los generales Reille y Decaén si la necesidad lo requería.

En las tres provincias de Cataluña, Aragón y Valencia contaba el mariscal Suchet cincuenta y ocho mil hombres, sin incluir más que los presentes sobre las armas. Quitando los catorce mil confiados al general Reille y los veintisiete mil indispensables al general Decaén, le quedaban de diez y seis á diez y siete mil soldados para vigilar el largo camino que sigue el Mediterráneo desde Tortosa hasta Valencia, para mantener un cuerpo de tropas enfrente de Alicante, y para dar la mano á las de José en la misma Cuenca. Mucho sería si, después de ocupar los puestos importantes, de cuya custodia no podía prescindirse, le quedaba una división móvil de siete ú ocho mil hombres para acudir á los puntos amenazados.

Entre el número de los peligros que tenía que temer el ejército de Aragón, bajo cuyo nombre general se designaban las tropas esparcidas en Aragón, Cataluña y Valencia, debemos contar el de la aparición del ejército anglo-siciliano. Éste se acababa de formar por lord William Bentinck en Sicilia. Verdadero soberano de aquella isla había llegado á ser este lord, uno de aquellos ingleses sencillos, generosos, liberales, que de súbito

se muestran interesadísimos cuando se trata de su patria. Muy contrariado por los Borbones, quienes después de verse privados de Nápoles por los franceses, se veían anulados por los ingleses en Sicilia, y naturalmente nada omitían para sacudir el yugo de sus protectores, se deshizo del rey y la reina, forzándoles á transmitir el poder real á un joven príncipe, investido con la regencia á una edad en que necesitara ser reemplazado por un regente, y llamó en su auxilio á la nación siciliana, dándole una constitución de forma inglesa. Libre así de la corte de Palermo, no temiendo ya las tentativas de Murat desde que éste se vió obligado á marchar á Rusia, lord William pudo disponer de una división inglesa, y además de otra buena división siciliana, muy semejante al ejército portugués en la organización, y que prometía parecésele pronto en el denuedo. Unos doce mil hombres formaban este cuerpo de tropas, y producían un efecto superior á su fuerza numérica, pudiéndose trasladar á todas partes merced á las escuadras inglesas. Y no terminaba aquí todo. Echando de ver los ingleses la bizarria de los soldados españoles, que les servían de poco á causa de lo mal organizados, al paso que, sin valer más, los soldados portugueses les prestaban tantos servicios, idearon hacer respecto de los unos lo que habían hecho respecto de los otros, esto es, tomar á sueldo suyo cierto número de españoles y darles oficiales ingleses. Para esta creación se valieron de las islas Baleares, de que eran señores, y de la playa de Murcia, que les pertenecía casi de igual modo. Dos legiones españolas, que muy luego les debían proporcionar otros doce mil buenos soldados, se organizaban por el general Wittingham en las Baleares y por el general Roche en el reino de Murcia.

A estas fuerzas se daba el nombre de ejército anglo-siciliano, que, pudiendo alternativamente trasladarse al lado del general Lacy en Cataluña, ó al lado del general O'Donnell en el reino de Murcia, venía á ser un peligro, no imaginario, sino efectivo, y propio á infundir gran zozobra.

Atentísimo el mariscal Suchet á las dificultades de su situación, hizo el más juicioso uso de los diez y seis mil hombres reservados al reino de Valencia. Habiendo situado pequeñas guarniciones ampliamente provistas en Tortosa, en Peñíscola, en Sagunto, y conservando otra pequeña guarnición en Valencia, que se podía duplicar en caso necesario con los depósitos de enfermos, dejó al general Harispe á la cabeza de cerca de cinco mil hombres enfrente de Alicante hacia la frontera de Murcia. Reservándose personalmente una división activa de seis á siete mil hombres, estaba pronto á correr sobre Tortosa ó sobre Alicante, y aun sobre Cuenca, en dirección de la capital española. Muy sutil y muy poco crédulo, no se alarmaba de cualquier cosa, no exponía sus tropas á inútiles correrías, y cuando necesitaba andar veinte ó treinta leguas, no las hacía morir de necesidad ó de cansancio, pues dondequiera tenía almacenes bien provistos por su administración acertada.

Esta administración entraba lo menos por la mitad en sus triunfos. Al día siguiente de la toma de Valencia, trémula esta ciudad por el recuerdo de la matanza de los franceses, temió ver entrar por sus muros á un vengador implacable; y lejos de esto, halló un vencedor

apacible, reposado, recto, que se dedicaba á tranquilizar á los habitantes, y que les llamaba á intervenir en el gobierno del país como en Zaragoza. Inspirando ya confianza por su conducta en Aragón, sucesivamente atrajo al arzobispo y á los antiguos magistrados municipales de la provincia, formó una junta, acordó con ella el reparto de las contribuciones, llevó á cabo útiles reformas, y sin abrumar al país, hizo gozar de toda la riqueza de aquel reino á sus soldados. Napoleón quiso que Valencia pagara en dinero la sangre francesa derramada el año de 1808, y exigió un rescate de cincuenta millones de francos. Excesiva parecía en medio de los desórdenes de la guerra una contribución semejante para echada á una provincia rica, bien que poco extensa. Sin embargo, merced al sistema administrativo del mariscal Suchet, se podía esperar que se recaudara mucha parte, y de seguro el todo, si se permanecía en Valencia más de un año. Ya había vestido, pagado, armado hasta á su último soldado, ya había llenado los almacenes, preparado una reserva, y hecho á José una primera remesa de tres millones, ofreciéndole mayor suma para dentro de poco. No había otro ejército en España cuya situación se asemejase á la de éste. Así servían allí bien todos y amaban á su jefe, y estaban prontos á los más vigorosos esfuerzos.

Mas luego se conoció en Valencia la nueva autoridad conferida á José por consecuencia del buen mantenimiento de las comunicaciones, y no fué del agrado de Suchet, quien, á pesar de su dulzura, no hubiera querido que se llegara á perturbar su justo y apacible reinado. Dinero podía darlo, y lo daba de buena gana, pero de sus soldados no podía distraer ni uno solo, pues las provincias fiadas á su custodia constituían el único recurso de los ejércitos franceses, si perdían sus comunicaciones con Bayona de resultas de una desgracia acaecida en Castilla ó en Extremadura. Fundadamente se negaba, pues, á toda distracción de sus fuerzas: á mayor abundamiento poseía un buen medio de evitarlas, por virtud de las instrucciones secretas que, con la idea de reservarse las provincias del Ebro, le había enviado Napoleón dos años antes y que le autorizaban para no tener respecto del estado mayor de Madrid más que una deferencia de pura forma. Pero, moderado siempre en todo, no complicando con las dificultades de carácter las dificultades de situación nunca, determinó salir adelante, según ya lo había hecho, prestando á José cuantos servicios le fuera posible, y particularmente servicios en dinero, que á la sazón eran los más apreciables y los más apreciados, manifestar respecto de su autoridad la deferencia aparente más completa, y no recurrir á sus instrucciones secretas sino en el caso de que se le exigiera alguna cosa perjudicial á las provincias que tenía á su cargo conservar al imperio. Se va á ver cómo le condujo perfectamente á su objeto esta hábil conducta sin ruido y sin conflicto de autoridad.

Fuerza es decir que era muy singular mando en jefe el conferido al rey de España y al mariscal Jourdan, su mayor general. De los cinco ejércitos que ocupaban á España, el del Norte se negaba de plano á obedecerle, el de Portugal no se negaba de ningún modo, pero obedecía solamente para ser socorrido; el del Centro, puesto bajo sus órdenes inmediatas, le obedecía directa



y absolutamente, pero era casi nulo; el de Andalucía, el más considerable y el menos afanado, se hallaba resuelto á no obedecerle; además, ignoraba la autoridad de José hasta ahora y aún podía fingir ignorarla por largo tiempo; finalmente, el de Aragón, guardando á José muchas contemplaciones, y prestándole servicios en dinero, no podía prestarle otro alguno; y sin embargo, sólo en los auxilios con que se socorrieran estos diversos ejércitos unos á otros, especialmente el del Norte y el de Andalucía al ejército de Portugal, se podría cifrar la salvación de nuestros asuntos en España. El mariscal Jourdan, que á un juicio seguro juntaba una grande experiencia de mando, y al cual para ser verdaderamente útil no le faltaban más que juventud y afición á servir bajo un orden de cosas que le era antipático, conocía de sobra el vicio de esta situación, y se lo hizo conocer á José, á quien presentó una Memoria completa y notable. ¿Y cómo remediarlo? Después de partir Napoleón de París, y careciendo de medios y de voluntad para ocuparse á la sazón en los asuntos de España, no quedaba otro arbitrio que el de escribir á Francia, para recibir al cabo de dos meses del duque de Feltre (Mr. Clarke), ministro laborioso, pero evasivo, una respuesta tan larga como insignificante. Con todo, el mariscal Jourdan envió al ministro de la Guerra la memoria circunstanciada de la situación, ya presentada á José, á fin de reducir á lo justo la responsabilidad del estado mayor de Madrid, y después dedicóse á adivinar y á hacer comprender á todos de dónde iba á venir el peligro.

Enemigo temible no había más que uno, el ejército de los ingleses. Habiendo tomado lord Wellington en el mes de enero á Ciudad Rodrigo, á Badajoz en el de marzo, y dado durante los de abril y mayo descanso á sus tropas, debía operar en junio. No teniendo ya plazas que conquistar, forzosamente emprendería una marcha ofensiva. ¿Adónde se encaminaría? ¿Acaso iría por Badajoz á Andalucía, ó por Ciudad Rodrigo á Castilla la Vieja? Tal era la cuestión, y era de resolución fácil, según los informes adquiridos, sobre todo para un hombre de tanto discernimiento como el mariscal Jourdan.

Efectivamente, ya tomada Badajoz, trasladóse lord Wellington al Norte de Portugal con la masa de sus tropas, y se situó en Fuenteguinaldo, á algunas leguas de Almeida y de Ciudad Rodrigo, amenazando así á Castilla la Vieja y al ejército de Portugal que estaba encargado de defender esta provincia. Aun admitiendo siempre la posibilidad de un movimiento fingido, evidente era que no habría trasladado su ejército del Mediodía al Norte para hacer que á las cuatro semanas volviera á bajar del Norte al Mediodía. No llegan los movimientos fingidos hasta el punto de agobiar á los soldados de cansancio, bajo un clima devorante, para infundir algunas dudas al enemigo. Ficción indudable era la presencia del general Hill en Badajoz con algunas tropas inglesas y portuguesas, que se esforzaban en engrosar aparentemente para inducir á engaño, y acreditar la suposición de una empresa contra Andalucía. Además de la presencia de lord Wellington en Fuente Aguinaldo, había sobre su proyecto muchos indicios accesorios y muy dignos de ser tomados en cuenta, como los movimientos de las tropas en la Beira, Tras-

os-Montes, León, inmensos almacenes en la Coruña, y numerosos equipajes de mulas en Galicia toda. Estos aprestos de todas clases indicaban, sin género alguno de duda, proyectos contra Castilla la Vieja. Aparte de estas razones de detalle, había por último una razón general, decisiva para todo el que parara mientes, y es que, trasladándose al Norte, se apoderaba lord Wellington de nuestras comunicaciones en una marcha, y según hemos dicho, con un solo triunfo hacía caer todo nuestro establecimiento militar en España, al par que trasladándose al Mediodía, no lograba otro resultado que el de inquietar al ejército de Andalucía, y el de obligarle tal vez á abandonar la comedia del sitio de Cádiz, pero nada más; cosas todas que lograba más seguramente operando por el Norte, sin duda, pues tendríamos que evacuar la Andalucía, la Mancha, y aun quizá á Madrid, tan luego como nos viéramos amenazados en Castilla. Lección era para no olvidada nunca la campaña del general Moore, que tan poco había costado á los ingleses, y que estuvo á punto de proporcionarles tan grandes ventajas, aun teniendo á Napoleón encima.

Así el mariscal Jourdan con su experiencia y el rey José con su razón sana no se engañaron ni abrigaron la más leve duda sobre esto; y en todo caso se la desvanecía completamente el mariscal Marmont, á quien el peligro tocaba más de cerca y mantenía en vigilancia. Desde principios de mayo apresuróse á anunciarles que los ingleses le iban á acometer de seguro, á comenzar sus aprestos de concentración al propio tiempo, y á pedir socorro á voz en grito. Al punto vieron el mariscal Jourdan y el rey José lo que había que poner por obra, y lo vieron con una seguridad de juicio, natural en el mariscal Jourdan, como dedicado á la carrera militar desde mozo, y grandemente meritoria en el rey José, extraño á la profesión de las armas. Si entonces fuera respetada la autoridad de ambos, nada más fácil que esterilizar la tentativa de lord Wellington y hasta sacar de ella ocasión para una brillante victoria, que adelantara mucho nuestros asuntos en España y aun equilibrara en cierta medida nuestros infortunios de Rusia, pues un gran descalabro en la Península influyera poderosamente sobre los ingleses, y en substancia los ingleses se llevaban tras sí la Europa.

Para conducirlos á tal descalabro, bastaba sencillamente hacer concurrir á la defensa común todas las fuerzas que estaban á la mano, y bajo el doble aspecto del número y de la calidad eran más que suficientes. Aunque disminuído el ejército del Norte, y no contando ya los cuarenta y seis mil soldados que al principio de la campaña, todavía presentaba unos veinte mil hombres de tropas activas. No era cosa de andar en vacilaciones, por más que se necesitara hacerles mudar de dirección durante quince días, y dejar á Mina, Longa, Porlier y Merino por dueños de nuestras comunicaciones. Batidos los ingleses nada significaban estos partidarios. De todos modos se pudiera destacar á diez mil hombres por espacio de dos semanas, y la prueba es que el ejército del Norte lo hizo más tarde, bien que de una manera inoportuna: algo más difíciles vinieran á ser nuestras comunicaciones, pero lo eran ya tanto que el mal no se acrecentara gran cosa. Otros diez mil hombres pudiera destacar José de los trece ó catorce

mil de tropas activas, y de los tres mil españoles puestos á sus órdenes directas, como que distrajo trece mil cuando le pareció llegada la hora, y de esta suerte se podía juntar un refuerzo total de veinte mil hombres. Finalmente, nada estorbaba al ejército de Andalucía enviar el cuerpo del conde de Erlón todo entero, ó á lo menos diez mil de los diez y seis mil hombres de que constaba. Cinco ó seis mil bastaran en Llerena para observar al general Hill, y si éste cometiera la imprudencia absolutamente inverosímil de marchar sobre Andalucía, con los seis mil hombres de Llerena y con los que pudiera allegar en Sevilla, se le opusiera el mariscal Soult al frente de veinticinco mil hombres, mientras que el caudillo inglés no contaba la mitad en su tropa. Sacando, pues, moderados contingentes, y por tiempo corto, de los ejércitos del Norte, del Centro y de Andalucía, se proporcionara al mariscal Marmont un refuerzo con treinta mil hombres, que elevara á setenta mil su hueste, y se le suministrara el medio de abrumar á lord Wellington y de precipitarle muy cerca del abismo del Océano. Verdad es que se necesitara un caudillo para estos setenta mil hombres, y que Massena, denunciado á todo el ejército como cansado y gastado y envejecido, no se encontraba ya en España. Pero siempre existieran los setenta mil hombres: además, el mariscal Marmont no era incapaz de conducirlos, y en todo caso el mariscal Jourdan, el vencedor de Fleurus, bien obedecido, bastara con tales fuerzas para las circunstancias. A mayor abundamiento, en vista de reunión semejante, lord Wellington se retirara á Portugal de seguro, y al menos se le hubiera anulado así para la presente campaña.

Medios existían por tanto, y fuerza es reconocer que nada omitieron José y Jourdan á trueque de ponerlos en juego. Ya plenamente convencidos de que lord Wellington iba á marchar hacia Castilla la Vieja y á caer sobre el ejército de Portugal de consiguiente, escribieron á los dos únicos generales que estaban en aptitud de llevarle socorros, al general Caffarelli, sucesor del general Dorsenne en el ejército del Norte, y al mariscal Soult, jefe del ejército de Andalucía, con quien acababa de entrar en relaciones. A uno y otro señalaron el peligro evidente de que el mariscal Marmont estaba amenazado, y recomendaron al general Caffarelli que dirigiera un destacamento de diez mil hombres sobre Salamanca; al mariscal Soult que reforzara al conde de Erlón de una manera considerable, le aproximara al Tajo, le prescribiera que tuviera fijos los ojos en los movimientos del general Hill de continuo, y si éste se ocultaba por los caminos interiores que lord Wellington se había proporcionado, para venir á Castilla la Vieja en auxilio de su general en jefe, le mandara seguirle, pasar por el puente de Almaraz el Tajo, al par que el otro lo pasaría por el de Alcántara según todas las probabilidades, y traer al mariscal Marmont un socorro igual al que el general Hill trajera á lord Wellington.

No era esta orden la mejor que cabía dar por desgracia, y si no se modificara más tarde, para el ejército de Portugal pudiera considerarse como un servicio absolutamente nulo. Con efecto, se hallaba concebida bajo la suposición de que el general Hill tenía delante de Badajoz fuerzas considerables, de que estaba allí interinamente, y de que sería llamado á Fuente Aguinaldo tan

luego como lord Wellington estuviese pronto á entrar en campaña. Nada de exactitud había en suposición semejante. En vez de treinta mil hombres, sólo eran quince mil los que el general Hill mandaba, no contándose apenas entre ellos una división de ingleses. Allí estaba y permanecía inmóvil para encubrir los designios de su jefe, y también para ocupar al mariscal Soult mientras lord Wellington marchaba sobre Salamanca á la cabeza de siete divisiones inglesas y muchas portuguesas, reunidas en Fuente Aguinaldo. Reforzado el conde de Erlón cuanto se quisiera, si se le imponía la condición de no perder de vista al general Hill, que no debía mudar de posición, dejara perecer al mariscal Marmont sin socorro. Por lo demás, en la guerra ya es algo entrever solamente los designios del enemigo. Adivinarlos por completo y al instante, sólo es peculiar de los genios superiores. Ahora bien, el mariscal Jourdan, hombre de talento sólido, aunque tardo, necesitaba tiempo para adquirir luces. Trasladado al terreno, pronto desentrañara la verdad sin duda; pero enfermo, disgustado, agregado á un rey valeroso, si bien no le agradaba salir de su corte, permanecía dentro de palacio, y juzgando desde lejos, no juzgaba más que aproximadamente el verdadero estado de las cosas. A mayor abundamiento, se desengañara muy en breve, y por otra parte, para el primer momento bastaban las órdenes expedidas, pues impelían á que se aprestaran todos los que debían concurrir á la próxima lucha. Al mariscal Suchet, que se hallaba demasiado lejos y hartado desprovisto de tropas para enviar socorros, se le previno que prestara á la causa común un servicio que por su parte no debía ofrecer dificultad alguna, y era el de acercar más las fuerzas del general Reille á Navarra, para que fuera más fácil al ejército del Norte suministrar el destacamento que se le había pedido, y relevar en Cuenca las tropas del ejército del centro, para que éste se hallase más concentrado y disponible.

Sin esfuerzo se puede concebir cómo fueron recibidas estas órdenes de José, dadas con firmeza, pero sin aquel acento dominante peculiar de Napoleón. Probo, adicto, bizarro era el general Caffarelli, jefe del ejército del Norte, como todos los de su apellido, pero suavemente testarudo, tímido, no de corazón, sino de mente, y muy inferior en inteligencia al ilustre oficial de pierna de palo que hizo la fortuna de su ilustre familia. De los cuarenta y seis mil hombres de que constaba su hueste, había perdido cerca de diez mil de resultados de los diferentes destacamentos enviados al ejército de Rusia; además, le inspiraban continuas zozobras por los puestos de lo interior y del litoral los infatigables partidarios de las Provincias Vascongadas. Persistiendo á semejanza del general Dorsenne en considerarse independiente del general en jefe, no rehusó ayudar al mariscal Marmont de una manera terminante, pero no dijo cuándo ni cómo, ni en qué número iría en su auxilio, y se redujo á promesas, de las cuales con alguna previsión debía desconfiarse, por más que fuesen sinceras.

En Andalucía se recibieron las órdenes de José de un modo todavía menos satisfactorio. Siempre había esperado el mariscal Soult llegar á ser mayor general de este monarca, después de tranquilizarse relativamente á las consecuencias de su campaña de Oporto. Habiendo fracasado en Portugal Massena, careciendo Mar-



mont de la situación necesaria para semejante destino, y yendo Napoleón á engolfarse personalmente en Rusia, creyó el mariscal Soult llegada al cabo la hora de que se realizaran sus esperanzas. Pero, poco satisfecho Napoleón de las operaciones en Andalucía, no queriendo tampoco imponer á su hermano un mayor general contra su gusto, eligió al mariscal Jourdan, quien, sólo por amistad al rey José, decidióse á aceptar este cargo.

Extremado era el descontento del mariscal Soult de resultas, y con tal disposición de ánimo no era probable que diese oídos á las demandas de socorros para el ejército de Portugal, con el que no había cesado de estar en disputa. Además, juzgaba de una manera completamente distinta que el estado mayor de Madrid los proyectos de lord Wellingtón, creyendo que, en vez de pensar en Castilla la Vieja, se fijaba exclusivamente en Andalucía. Por consecuencia respondió á José que el ejército de Portugal iba de nuevo á perderlo todo; que tanto él como su caudillo padecían engaño; que lord Wellingtón no se aprestaba á ir contra Salamanca y el mariscal Marmont; que sólo Andalucía era blanco de su anhelo; que por tanto al mariscal Soult convenía prestar ayuda; que el general Hill formaba la cabeza del ejército británico todo, pronto á lanzarse sobre Sevilla para libertar á Cádiz; que el lenguaje usado en esta ciudad por los periódicos de la insurrección, no consentía la más leve duda sobre este punto; que sin duda se necesitaba reforzar al conde de Erlón, si bien para socorrer á Andalucía, y no al ejército de Portugal, no amenazado de ningún modo.

Verdaderamente se atribuían á lord Wellingtón ideas bien extrañas, con suponer por razón de operar en Andalucía el deseo de libertar á Cádiz, que se encontraba en peligro: también se citaban indicios muy singulares, con dar asenso á los periódicos de la insurrección española, para descubrir los proyectos del contrario. De seguro de nada distara éste tanto como de publicar sus resoluciones, y bastaba que las anunciase abiertamente para no hacer caso de la noticia. Pero, aun prescindiendo de todos los informes que pudieron ser recogidos, la verdadera razón para no creer en una tentativa contra Andalucía estribaba en que lord Wellingtón no tenía que hacer allí cosa alguna, al paso que un solo triunfo en Castilla la Vieja le proporcionara coger de revés á todas nuestras fuerzas. No participa el mariscal Soult de este dictamen, y siguió persuadido de que el general Hill estaba al frente de treinta mil hombres, de que lord Wellingtón iba á llevar otros cuarenta mil consigo, y de que sólo él necesitaba de socorros. Su respuesta fué á tenor de estas ideas.

Por lo que hace al mariscal Suchet, que no quería suscitar conflictos con la autoridad de Madrid, y á quien por otra parte nada se pedía que pudiera comprometer las provincias de su mando, hizo lo que se le había pedido. Aproximó una división italiana del general Reille, y dispuso relevar en Cuenca las tropas del ejército del centro, aun hallando inconveniente en extenderse á tanta distancia.

Entretanto el peligro se hacía cada vez más apremiante y más visible, y no cabía dudar del punto adonde lord Wellingtón iba á dirigir sus ataques. Guiado siempre el rey José por el mariscal Jourdan, escribió al ge-

neral Caffarelli, quien, aun blasonando de independiente del estado mayor de Madrid, no debía olvidar sus deberes militares que le obligaban á correr en ayuda de un camarada en peligro, ni sus instrucciones anteriores que le prescribían de una manera terminante socorrer al ejército de Portugal contra los ingleses; y le impuso el deber formal de prestar este socorro, anunciándole que lord Wellingtón marchaba sobre Salamanca y sobre el ejército de Portugal de positivo. Respecto del ejército de Portugal estuvo José á punto de dictar una providencia que salvara á España, y con España quizá al Imperio. Su idea fué decretar la evacuación de Andalucía, provincia cuya ocupación no proporcionaba grandes ventajas y absorbía noventa mil hombres, entre los cuales se contaban sesenta mil combatientes, muy bastantes para agobiar á los ingleses. Para ser obedecido en determinación semejante, necesitara destituir del mando al mariscal Soult, que se negara á la evacuación acaso, ó al menos la operara demasiado tarde para ser útil al ejército de Portugal. Pero el abandono de una vasta provincia, un movimiento retrógrado muy pronunciado, la destitución de un mariscal ilustre, eran resoluciones que José tenía talento para concebir, mas no carácter para ejecutar. A falta de estas resoluciones, dictó las que van á ser citadas.

El mariscal Soult hacía entrever su dimisión tan luego como se le expidieran órdenes que no fueran de su gusto: José le envió al coronel Desprez, oficial de confianza, militar de mucho talento, con el encargo de observar cuanto pasaba en el ejército de Andalucía, de patentizar al mariscal su error acerca de los proyectos de los ingleses, de hacerle comprender que lord Wellingtón marchaba hacia Salamanca y no hacia Sevilla, de renovar le por consiguiente la orden imperativa de llevar al general Drouet de Erlón sobre el Tajo, sin aguardar á lo que el general Hill hiciera, y de declararle además que, á la más leve amenaza de dimisión, se le aceptaría sin demora. Al propio tiempo dirigió al ministro de la Guerra Clarke muy minuciosos despachos, para señalarle todos los peligros, toda la ridiculez diríamos si no se tratara de asunto tan grave, de la situación de un rey general en jefe, desobedecido por todos sus generales, y sin manejo de atraerlos, ni en nombre del deber, ni en nombre de su interés bien entendido, ni en nombre de una autoridad desconocida por ellos, á socorrer al que se hallaba en peligro más alarmante.

Mientras aguardaba el efecto de estos diversos pasos, José envió al mariscal Marmont un socorro. Después que por orden del emperador abandonó este mariscal el valle del Tajo para trasladarse al valle del Duero, dejó una de sus divisiones, la del general Foy, en el puente de Almaraz sobre el Tajo. Así había obrado el mariscal Marmont porque daba con fundamento grande importancia á este puente y á las numerosas obras de que estaba rodeado. Hallándose divididas por una disposición viciosa nuestras fuerzas activas, destinadas á oponerse á los ingleses, en dos partes, una en Andalucía y otra en Castilla, no se podía obviar este inconveniente sino por virtud de una gran facilidad de comunicaciones, á fin de correr pronto de una á otra, según lo hizo el mariscal Marmont después de la batalla perdida de la Albuera. Siendo el principal obstáculo que

había de superar el Tajo, allí construyó Marmont un puente, obras fortificadas y almacenes. Lo que pasaba ante nosotros era una lección asombrosa y de que fuera imperdonable no aprovecharnos. Efectivamente, se veía por parte de los ingleses un solo ejército; un solo caudillo, trasladándose alternativamente del Norte al Mediodía, y teniendo para ejecutarlo un camino espacioso, bien conservado, escalonado con puentes y almacenes, y sobre el cual eran tan rápidos como fáciles los movimientos.

A consecuencia de esta lección tan instructiva, al trasladarse el mariscal Marmont del Tajo al Duero, no quiso abandonar las obras de Almaraz, y dejó allí á la división de Foy. Pero aun cuando todo lo tuviera dispuesto para atraérsela pronto por entre el Guadarrama, la travesía que necesitaba ejecutar exigía cinco ó seis días, pérdida funesta, si se hallaba obligado á una concentración rápida de resultas de una aparición súbita del enemigo, por lo cual suplicó á José que le eximiera de la custodia del puente de Almaraz. Apresuróse el rey á prestarle este servicio, aunque de ello resultara una nueva dislocación del débil ejército del centro, y envió allí á la división de Armagnac.

Apenas llegada á aquel punto, una tentativa temeraria y poco conforme al carácter del ejército inglés señaló los grandes proyectos de lord Wellingtón para esta campaña, y la importancia que atribuía á impedir que el ejército de Andalucía llevara socorros al ejército de Portugal.

Burlándose el general Hill, á tenor de las órdenes de su jefe, de la vigilancia de las tropas que el mariscal Soult tenía para observarle en Extremadura, abandonó su puesto sin ser visto, se trasladó con una división á las márgenes del Tajo, remontólo á las calladas, y presentóse delante del puente de Almaraz el 18 de mayo. Este puente se encuentra á la misma falda de las montañas que separan el valle del Tajo del valle del Guadiana, y después de cruzarlo, se eleva el camino real de Extremadura y atraviesa las montañas por el puerto de Mirabete.

En lo alto del puerto había hecho construir el mariscal Marmont una obra que cerraba la carretera, y que por tanto no permitía traer cañones á un enemigo procedente de Extremadura. Además había hecho esta obra bastante fuerte para exigir el uso de artillería de grueso calibre. Al pie de la altura y á orillas del río había establecido dos obras de menos importancia, formando cabezas de puente, una á la margen izquierda y otra á la margen derecha. Un puente de barcas, no siempre armado, servía para cruzar el río.

Habiendo llegado al alcance de la obra de Mirabete casi sin ser descubierto el general Hill, ya que había sorprendido dos años antes al general Girard por aquellos contornos, en Arroyomolinos, y se hallaba acostumbrado á este género de expediciones, reconoció que era harto fuerte para probar á tomarla de rebato, é ideó hacer bajar por un camino de travesía una columna de infantería, que tratara de escalar las cabezas de puente, mientras el resto de las tropas inglesas fingía atacar la obra de Mirabete sobre la altura. Este plan atrevido le salió á maravilla. Escaladas podían ser las dos obras, que formaban cabezas de puente á entrambas márgenes del río. A las escarpas apenas tapiadas aplicaron sus

escalas los ingleses, y penetraron en la cabeza de puente de la orilla izquierda. Espantáronse las tropas que estaban en su guarda, especie de mezcla de todas las naciones, á pesar de la brillante conducta de un oficial piomontés, que se hizo matar por rehacerlas; se dieran á la fuga los soldados, intentaron echar algunos barcos, y quedaron prisioneros los que no murieron ahogados. Tomada la obra de la orilla izquierda, rindióse la de la orilla derecha sin la menor tardanza. Así los ingleses saquearon aquel pequeño establecimiento, destruyeron las obras, quemaron las barcas, y se retiraron orgullosos de una expedición que les valía más honra que provecho, pues en suma no hicieron más que echar abajo temporalmente los medios de pasar el río. Al recibir la noticia de este golpe temerario el general Foy, que se hallaba en marcha hacia Castilla la Vieja, retrocedió camino, y corrió detrás de los ingleses, sin conseguir darles alcance. Desagradable era el suceso, pero no irreparable de ningún modo, pues un puente destruído sobre el Tajo no ofrecía un obstáculo invencible, y un ejército que se remontara en tiempo oportuno por el camino de Extremadura debía siempre hallar medio de atravesarlo.

Este accidente causó viva emoción en la capital española porque revelaba la próxima entrada de lord Wellingtón en campaña y su designio de poner á los ejércitos de Portugal y de Andalucía en la imposibilidad de comunicarse uno con otro. Esta indicación hubiera debido influir sobre el llamado á socorrer al que se encontraba más en peligro, y José renovó sus instancias, pero en vano, según va á verse.

Recibido había el mariscal Soult la visita del coronel Desprez, dando á entender su extremo desagrado por no ser mayor general de José, no reproduciendo la oferta de su dimisión por haberle significado que se la admitiría tan luego como la presentara, y obstinándose en sostener que el peligro amenazaba, no á Castilla la Vieja, sino á Andalucía. No había medio de rectificar su opinión sobre este punto, y renunciando el coronel Desprez á tal empeño, le estrechó á explicarse acerca de la ejecución de las órdenes relativas al cuerpo del conde de Erlón. Lo había reforzado el mariscal según José le había prescrito, pero en cuanto á las instrucciones dadas expuso terminantemente su resolución de no desprenderse de aquella tropa, y de no enviarla de ninguna manera en socorro del ejército de Portugal á Castilla. A cuantas instancias le hizo el coronel Desprez respondió el mariscal Soult que, si le quitaban una porción cualquiera de sus fuerzas, no podría guardar á Andalucía, y que no obedecería más orden que la de evacuar aquella provincia.

Estas idas y venidas, estas resistencias obstinadas, hacían perder un tiempo precioso, mientras lord Wellingtón se apresuraba á marchar sobre el ejército de Portugal. Con efecto, en los primeros días de junio se supo que había dejado sus cantones, y estaba en visperas de pasar el Águeda, para dirigirse á la provincia de Salamanca por el camino de Ciudad Rodrigo. Al saberlo el general Caffarelli, á quien impedía obedecer la falta de presencia de ánimo de los apuros de que se veía asaltado, más bien que una mala voluntad decidida, envió á decir á los mariscales Marmont y Jourdan, sin discutir ya sobre la autoridad del monarca, que iba